

cen todos marqueses, con su chaqueta y su corbata y su sombrero y su puro en la boca... Sobre todo el puro. A un valleverdano le deja usted sin puro en la fiesta y no sale de su casa, así sea la Virgen de Agosto. ¡A buena hora le van a ver a él sin puro! No señor. Aunque no tenga donde caerse muerto, el puro no le falta. Y si quiere usted comprobarlo, colóquese en la plaza un día de fiesta, bien tempranito. Los valleverdanos, vivan donde vivan, los días de fiesta desembocan todos en la plaza por la calle Real. Lo mismo podían hacerlo por la calle Nueva o por la de la Fuente o por otra cualquiera de las que salen a la plaza. Pero, no señor; vendrán por la calle Real porque como baja en cuesta se les ve aparecer desde arriba, engallados y hechos un brazo de mar, y así pueden pavonearse bien y que les admire la gente de la plaza. ¡Y menudo ringorrango que se traen cuando vienen bajando! Como si fuesen emperadores. Y apreciará usted que todos llevan su puro en la boca; y verá usted también que al llegar al comedio de la calle se paran, alardean con su puro sacando mucho los brazos, le arriman una cerilla y lo encienden. Tras lo cual, continuarán su camino expeliendo bocanadas de humo, como si fuesen echando flores al propio paso.

«¿Ha visto usted bien el detalle? ¿Ha registrado ya el encare y el contoneo y el «aquí estoy yo» con que todos hacen su entrada triunfal? Pues véngase ahora unos pasos más acá y observe con disimulo cómo, después de exhibirse un poco en la plaza, van saliendo todos hacia la calle de la Fuente, por la esquina donde está el comercio de tío Isaias. Fíjese, fíjese: ¿No ve usted que a pesar de ser la calle anchurosa todos se arriman al muro y se paran un momento contra él, apenas rodeada la esquina? Pues eso es que están apagando el puro contra la piedra. Sí, señor, apagándolo para guardarlo y sacarlo en la próxima fiesta. Porque la fachenda es mucha, pero los posibles son pocos, y gracias que den para un puro al año. Ahí tiene usted el porqué se ha puesto tan negra esa losa: de restregar puros contra ella.

* * *

Y aquí se acaba el apócrifo anecdótico de aquellas rivalidades. Entre amigos, digo yo, bien puede gastarse alguna broma y seguro estoy de que no habrá ninguna «parte interesada» de que pueda tomar esto de otra manera.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

Es hondo este silencio,
que nos envuelve con su manto oscuro
y nos habla en lenguaje misterioso
un anticipo de la eterna noche.

Es hondo este silencio,
que en sus brazos abraza mi congoja,
—angustiosa marea sin retorno
del hondo pleamar del alma quieta—.

Es hondo este silencio...
Me late en él la sangre de las venas
con estruendo de ríos desbordados,
y se oye el galopar del pensamiento,
indómito corcel que se desboca.

Es hondo este silencio...
que me puebla la noche de sonidos
irreales, fantasmas de los sueños
angustiados de vírgenes doncellas.

Es hondo este silencio...
Hondo y oscuro, asfixiante, denso,
náusea amarga que llega hasta los labios
de un oscuro temor irrazonable.

Es hondo este silencio...
Silencio palpitante de rumores,
oscura soledad que me aprisiona
el tembloroso corazón herido.

Es hondo este silencio...
Tan hondo y tan callado, que ya oigo
entre el sonoro estruendo de mi sangre,
sobre el bullir del pensamiento mío,
oigo, Señor, Tu voz que me reclama,
Tu voz, Señor, que llena mi silencio.

Es hondo este silencio...

TU VOZ, SEÑOR, EN MI SILENCIO

por

GERARDO G. CAMINO